

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser Capitana
de la tropa aragonesa.

volvían en procesión reverente y gozosa a Santafé, mientras que, guardada la espalda por la Patrona, transmataban la Cordillera Oriental para refugiarse en el Llano los trescientos que había salvado el Mayor Santander en su célebre marcha a través de las selvas ocañeras, y el puñado de reclutas macilentos y haraposos que con el estudiante Rovira escaparon con vida en Cachirí.

Inflexiblemente se imponen los hechos históricos. En la conciencia pública, en el ánimo de creyentes, de incrédulos y de escépticos, está el sentimiento del hondo nacionalismo de la imagen que, con más devoción que arte, pintó Alonso de Narváez allá en la lejanía de la Colonia; que restauró la piedad de María Ramos y de Catalina García, tipos clásicos de nuestras mujeres, abnegadas y fervientes, caritativas y amables; que ha entrado a nuestras ciudades a aplacar la peste; que ha acompañado a nuestros soldados en horas de suprema angustia, cuyo nombre fue el último que pronunció Obando al caer acosado por las lanzas en las laderas de El Rosal, e invocó Pinzón cuando, en uno de los días de Palonegro, vio cejar sus regimientos ante los machetes enemigos.

Lógica, natural, espontáneamente, en medio de los sembrados, en las bardas de las cercas, en las ventanas y en las torres, surgió un día, al paso triunfal de nuestra Virgen, la bandera nacional al lado del estandarte que muestra sus colores, y en la plaza mayor de Bogotá, dentro del recinto que marcó la espada del Adelantado Quesada, colocada la burda manta tejida por los indios de Tasco sobre un bloque de mármol de Leiva, la efigie de la Virgen nuestra fue coronada con esmeraldas de Muzo y diamantes que concentran quién sabe cuántas lágrimas de humildes, por un arrogante Obispo que, de mozo, mordió cartucho al pie del caballo de Acosta en Garrapata.

¿Habrán algo más profundamente español, más hondamente colombiano, más intensamente nuestro?

TOMAS RUEDA VARGAS

DE LOS SITIOS EVOCADORES

Pacho vive del recuerdo de su herrería y de la esperanza de que al año siguiente, siempre en el otro año, “vuelvan a emprenderse los trabajos”.

Y esta manera de vivir tan humana, entre un amable recuerdo y una grata esperanza, es precisamente lo que hace el secreto encanto de Pacho, lo que le da fisonomía propia, y nos lo hace sentir mientras pasamos unos días aquietados por la suavidad de su clima, como si fuera una persona amiga y cariñosa que a toda hora nos hiciera la confidencia amable de su buena vida pasada, y de la reconstrucción de ella en un cercano porvenir que sin embargo se aleja momento por momento. ¿No es esto profundamente humano? ¿No es ésta la historia dulce y doliente de nuestros crepúsculos colocados a igual distancia de una aurora que se fue y otra que esperamos?

Después de almuerzo bajamos a la herrería. Allí ha quedado un núcleo de población que conserva el nombre de la fábrica, y en cierto modo ha conservado las costumbres que animaron a las gentes de la vieja herrería de ahora cuarenta años; hay allí más alegría, más vida, que en el pueblo. Se pasa el río y en la falda del otro lado, por entre malezas que vienen haciéndose más espesas, se asoman las ruinas. Pedazos de maquinaria ovidada, cañerías truncas, paredes que esperan muy poco para acabar de caer, molinos con las aspas rotas, muestran uno que otro brazo entero todavía; a lo lejos, en las mañanas claras, hace pensar a los más ilusos que en aquéllos hay la fuerza de gigantes que les supuso Don Quijote para resucitar la muerta industria que hizo la felicidad de la comarca.

Las ruinas, siquiera sean las del Partenón o las del Coliseo, son “tapias caídas”, como decía una paisana nuestra enriquecida e ignorante a quien “llevaron” a Europa para poder decir que “fue”, son tapias caídas iguales a las de los potreros

de su pueblo, para cuantos ignoran la historia de los que ellas encerraron cuando erectas y vivas desafiaron alegremente al tiempo y a la muerte. Para nosotros en aquel momento tenían esas ruinas un fuerte momento de evocación. No conocimos la herrería en actividad, pero la sentimos en nuestra infancia y en nuestra juventud a través de las cálidas relaciones maternas. Ellas nos dijeron que a Pacho iban en julio y en diciembre bulliciosas cabalgatas de familias bogotanas, que a la orilla de ese río, que ruidoso corre a mis pies, después del baño entonaron bambucos con música de Fallon y letra de Carlos Sáenz Echeverría o de Roberto Narváez; nos relataron mil veces lo que fue aquel edén perfumado por azahares y jazmines, en que dominaba a ratos la voz del río, el golpe seco y duro de los martillos enormes que esgrimían cíclopes britanos tiznados y rubios. Subimos la loma y llegamos a la casa de la hacienda. Cuando en Pacho se dice la hacienda, ya se sabe cuál es. Quizá no hay en los campos de Colombia una casa que, a través de su abandono actual, revele mayor gusto, mayor comprensión de lo confortable, de la intención de establecerse en un lugar, en quienes ordenaron su construcción, que esta enorme y deliciosa mansión en donde el señor Bunch, aquel hidalgo inglés a quien aun muchos años después de su muerte acompaña la simpatía de las gentes, reunía a sus amigos: morada en que hizo centro a los artistas e intelectuales de la época, doña Isabel Bunch, cuya gracia y distinción hicieron raya en aquel tiempo en que las mujeres de la clase alta tenían preocupaciones superiores al "flirt" y al decorado externo de las personas.

Con un eco extraño y que a mí, preocupado por la evocación del lejano pasado, me parece lúgubre, resuenan en la soledad de las amplias y numerosas estancias las pisadas y las voces de quienes visitamos en esta clara tarde de abril la inmensa casona de la hacienda, desierta de habitantes, poblada de memorias.

De afuera nos llegan las voces de una bandada de muchachas y de jóvenes que se nos separaron a la entrada y entre risas y gritos se empeñan en bajar naranjas de los árboles que

há tiempo no sienten el frote cariñoso de las manos femeninas, ni han vuelto a dar sombra y a oír confidencias de parejas estremecidas por el cálido soplo del amor. Interrumpe el silencio y mi meditación la frase de uno de mis compañeros, un médico inteligente, amigo de los estudios literarios y de buscar los tintes y los recodos a las cuestiones humanas, características que no fallan en los hombres que oyeron de los propios labios del poeta en la intimidad, antes de ser publicados, los versos de José Asunción Silva, y que guardan maneras de ser semejantes a las de los personajes que dialogan en las páginas de "De sobre mesa"...

—La muerte de las cosas, me dice mi amigo, es mil veces más triste que la de las personas.

En este momento entramos en el salón que van invadiendo ya las sombras de una tarde avanzada. Dos o tres retratos al óleo, de caballeros de antaño a quienes no podemos identificar, son los únicos adornos que quedan. Un piano de cola de marca renombrada muestra un teclado amarillento y muerto en que faltan teclas, y da la impresión de una boca desportillada por la edad. Toda la compañía se nos ha reunido ya, y una de las muchachas intenta tocar el piano: es inútil, y resulta frustrado el proyecto. El teclado responde con sonidos destemplados que al difundirse por la sala nos comunican a todos una impresión dolorosa, rayana en lo trágico. ¡Cómo es de triste comprobar la muerte de las cosas! Pensar que este instrumento viejo, áfono y dolorido, es el mismo que transmitió tantas veces aquí mismo a un auditorio alegre e inteligente las interpretaciones que de los grandes maestros de la época hacían insignes ejecutantes: las señoritas de Narváez, las señoritas Tancos, la señorita Caicedo Suárez y tantas otras cultivadoras del divino arte.

En el corredor principal un reloj inglés que marca también los meses y los días, señala quieto y mudo la hora de las 8, marca el mes de julio y día domingo. No hay nada más sugestivo, más impresionante que un reloj parado de mucho tiempo atrás. Las 8, las 8 de la noche seguramente, pienso, precisa-

mente la hora en que después de la comida debieron salir del comedor los convidados, la hora de tomar el fresco, la de cantar los bambucos y bailar los pasillos, la del amor y las promesas, también en la que baja la melancolía a las almas soñadoras... ¡y que tanto lo eran las de aquellos románticos de la federación! Las ocho de la noche de un día domingo en el mes de julio, que con diciembre comparte las épocas del veraneo bogotano. Sin duda aquella tarde habían llegado de la capital conduciendo a sus dueños que vienen a ver las novias, los alazanes tostados y los bayos oscuros, los moros azules y los rucios rodados. ¡Cómo debieron de latir los corazones cuando hacia el crepúsculo se sintió por el rumbo de la empedrada cuesta crecer el ruido que hacen mezclado con el de las herraduras sobre los guijarros, el tintineo de las espuelas al chocar contra los estribos moriscos!

Sonado ya el toque de oración nos retiramos por entre los naranjos y los limos, preguntándonos cuál de aquéllos será el que se sembró el día del nacimiento de doña Isabel, y que consagró el poeta en esta estrofa:

“Yo sé que un árbol sembrado
en otros tiempos mejores,
los años de un ser amado
cuenta en cosechas de flores.”

—Cuéntenos usted algo sobre la ferrería y sobre esta casa —me dice una elegante y fina dama mientras bajamos silenciosos hacia el río.

En estas líneas queda satisfecho el deseo de mi amable interlocutora, a quien dedico esta página de evocación y de recuerdo.

TOMAS RUEDA VARGAS

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. No 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza. — Administración: A. Delgado Plaza.

Volumen XXXVIII — Bogotá, junio y julio de 1943. — Nos. 371 y 372

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL PRIMADA DE BOGOTA
POR MONSEÑOR JOSE EUSEBIO RICAURTE.
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL GENERAL
DOMINGO CAYCEDO.

Laudemus viros gloriosos; homines magni virtute, et prudentia sua praediti.

Alabemos a los varones gloriosos, que fueron grandes por su virtud, y dotados de una singular prudencia. Eccli. 44-1.

Extemporáneo parece, en este siglo de egoísmo, en el que gran mayoría de personas piensa que están muertos y son quiméricos los ideales de generosidad y abnegación, y son hoy sólo propios para hacer reír de la locura de don Quijote, el evocar la figura y memoria de un hombre modesto, modestísimo, en su persona, que sin noción siquiera de lo que pudiera ser ambición de lucro o de ostentación tuvo por norma de su vida, realizada plenamente, la de servir.

Pero nunca este recuerdo y homenaje es más necesario que en nuestros días; hoy especialmente necesitamos admirar y agradecer la virtud austera que tan vivamente cooperó a fundar la patria y a cimentar nuestra nacionalidad. Por esta razón hoy Colombia agradecida y la Iglesia se juntan para propo-